

Dialéctica del Iluminismo

Max Horkheimer y Theodor W. Adorno

Traducción: H. A. Murena

Sur, Buenos Aires, 1971

por Natalia Ortiz Maldonado

Este texto es uno de los trabajos que la escuela de Frankfurt publica desde el exilio en los Estados Unidos durante la década del cuarenta. El proyecto que guía cada uno de sus ensayos busca develar por qué la razón originariamente asociada a la libertad, ha devenido dominio del hombre. La respuesta ofrecida es compleja y atraviesa distintos niveles, que van desde la misma autodestrucción del concepto de iluminismo, hasta los cuerpos dominados a partir del dominio de las almas.

Desde el punto de vista filosófico, la libertad ha sido negada a partir de la falaz identificación burguesa entre razón, realidad y progreso. Esclavos de los "hechos", filósofos y científicos abandonaron la posibilidad de pensar la realidad desde la utopía. Tras la aparente demolición del mito y el apego a lo existente, erigieron lo existente en el único mito "verdadero". El mito es que el mito no existe, y el mito dominante niega la posibilidad de lo

inmensurable, de lo que aún no ha sido. Pero, advierten los autores, aunque el pensamiento pretenda identificar verdad y realidad, las tensiones sociales continúan intactas. De manera que si lo que se afirma como verdad es falso, será necesario entonces una praxis teórica que articule la verdad del presente como falsedad. Serán necesarios conceptos cuyas tensiones no puedan ser resueltas, porque si las contradicciones no pueden ser resueltas *por* el pensamiento, tampoco pueden ser resueltas *dentro* de él.

Tras los nuevos mitos que someten a los hombres se oculta una particular racionalidad que administra los saberes y poderes de manera tal que, vinculando un magro placer a los fines del progreso, sirve desprejuiciadamente a los viejos amos. Tras la asepsia de la técnica, oculta que su victoria es la victoria de hombres concretos sobre la sociedad misma.

Al momento de analizar la manera en la que las contradicciones son negadas (y reprodu-

Dialéctica del Iluminismo

Max Horkheimer
Theodor W. Adorno



Buenos Aires

cidas) en el imaginario colectivo, los autores responden a la vieja pregunta: ¿Por qué obedecen los que obedecen? Así, encuentran que bajo el discurso de la pluralidad y la heterogeneidad existe una tendencia hacia la uniformidad. Arte y política pierden toda potencia crítica al ser asimilados por la falacia de la oferta y la demanda. La época del capitalismo monopólico es la época de la perfecta clasificación, registro y administración de la necesidad. En este escenario, el individuo ya no cuenta más que como consumidor o trabajador; y es clasificado, registrado y administrado de la misma manera que los bienes que desea consumir. La oferta política es tan vacua como la oferta de una pasta dental cualquiera. Capitalismo monopólico y totalitarismo político son la cara y la cruz de una misma moneda. La absoluta diferencia es la perfecta similitud.

Y si el dispositivo de esta “industria cultural” es exitoso es porque ha logrado grabar la moral del siervo en los esclavos, así *“las masas tienen lo que quieren y reclaman obstinadamente la ideología mediante la cual se las esclaviza”* (p. 162). La clave reside en un aparato erótico subyacente a la lógica del consumo que promete aquello que jamás será otorgado, y que constituye al individuo sobre su frustración e insignificancia. La sublimación libera y la catarsis doméstica, señalan los autores. La sublimación implica un ejercicio de distanciamiento, imaginación y crítica, mientras que la catarsis se reduce a una purga de pasiones que jamás beneficia a quien la realiza. Así, la catarsis de los individuos en su ocio vuelve a ponerlos en condiciones de trabajar. Cuando la realidad es realidad y es ficción, no sólo se naturaliza el dominio sino que desde él se constituyen las subjetividades.

Se trata de la eterna repetición de lo mismo como si fuera diferente. Apelando a la libertad, se esconde la falacia de que nada se eli-

ge, pues todo ya ha sido dispuesto de antemano. Constituidos sobre la matriz de lo igual, los individuos no pueden tolerar la diferencia a la que temen. En este sentido, el consumo es un “psicoanálisis al revés”, que lejos de curar las personalidades autoritarias, las moldea y reproduce. En la igualdad democrática (o en la igualdad nacional del nazismo) la abolición de lo diferente no equivale a la libertad del individuo, sino justamente a su negación. El cuerpo sojuzgado (y deseado) no sólo es Auschwitz, sino también la fábrica moderna y los cines.

Difusa y poderosa, la ideología no ha muerto, sino que ejerce su poder adaptando al individuo a la masa de los fieles. Mientras proclama la libertad, niega que no hay nada que elegir y, a la vez, fuerza a todos a la fatua elección del consumo. Así, quienes nada pueden elegir son víctimas de un detallado y férreo mecanismo de control social por el cual se los reduce a meras historias individuales de fracaso y dependencia. La exhibición de la pobreza es el símbolo por antonomasia del culto al dios del éxito a través del cual se indica el peligro que acecha a los infieles.

La imposibilidad del individuo para susstraerse a estos mecanismos es tal que las cárceles sólo son las imágenes del mundo. En ellas se expresa el aislamiento, la disciplina y el vacío que existen fuera de los muros. Dicen los autores –ya en 1944– que las repúblicas burguesas a diferencia de las monarquías *“...no violentan el cuerpo sino que embisten directamente contra el alma, del mismo modo las penas en este ordenamiento agreden al alma”* (p. 269). Realidades invertidas que sólo exponen la lógica de la racionalidad capitalista que en la constitución de subjetividad se repite a sí misma –y a las relaciones sociales sobre las que se monta y de las que emerge.

Pero decir que lo político –y el arte– se vacían de contenido, no equivale a decir que

la politicidad desaparece. Bajo la aparente neutralidad política subyace –negada– una fuerte politicidad que ata a los individuos a la reiteración de su dominación. Porque si bien es cierto que la búsqueda erótica en los productos culturales es una renuncia política en tanto indica el rechazo de la contradicción a través de la sumersión en lo falso, no es menos cierto que la contradicción existe. La politicidad continúa intacta.

La razón no se identifica con la realidad en tanto en ésta las contradicciones permanecen irresueltas, de la misma manera que la historia no se identifica con el progreso en tanto el dominio de la naturaleza devino el perfeccionamiento del dominio de unos hombres sobre otros. La razón instrumental se funde en el mundo, en el sentido de que ambos son la expresión de la voluntad de poder del ser a través de su reivindicación permanente.